

## CAPÍTULO II

## LOS LIBRES PENSADORES Y LA RELIGIÓN

## § I.—Los filósofos del siglo XVII y los libres pensadores del XVIII.

## I

Los filósofos del siglo XVII se llaman cristianos, y tienen la pretensión de conciliar su filosofía con el cristianismo. Pero el resultado no respondió á sus buenas intenciones: Descartes y sus discípulos han arruinado la religión revelada en vez de fortalecerla. ¿No es esa una prueba evidente de que la misión de la filosofía es combatir la revelación milagrosa? Los filósofos cristianos lo hacen sin querer y como á su pesar. Después de ellos vienen los deístas ingleses, que también se llaman cristianos, pero que ninguna Iglesia los recibiría en su seno. ¿Cuál es la base del cristianismo tradicional? Los milagros y las profecías. Pues los deístas enseñan que los milagros y las profecías son una ilusión del entendimiento humano, con lo cual no hay revelación sobrenatural. ¿Y qué viene á ser entonces el cristianismo? Después de los deístas ingleses vienen los filósofos franceses, los cuales ya no se llaman cristianos; al contrario, declaran una guerra á muerte al cristianismo; conservan

unos las verdades fundamentales de la religión, y los otros van más lejos, pues atacan toda religión y predicán el materialismo y el ateísmo; esta es al menos la acusación que pesa sobre su memoria.

Esa serie de escritores cada vez más hostiles al cristianismo, ¿tiene alguna razón de ser? ¿Por qué vienen los deístas ingleses después de los filósofos del siglo XVII? La filosofía, en su marcha prudente y mesurada, ¿no satisfacía las necesidades del espíritu humano? ¿Es que la filosofía no podía coexistir con la religión ni el libre pensamiento con la fe? ¿Por qué esos ataques ruidosos de los deístas contra las bases de la revelación cristiana? Y los deístas al menos continuaron apegados al Evangelio y siendo cristianos á su modo. ¿Por qué los libres pensadores del siglo XVIII no se contentaron con el deísmo? ¿No les daba plena y entera libertad de filosofar? ¿Por qué en el seno de esa filosofía incrédula va siempre creciendo la hostilidad contra la religión? ¿No era bastante Voltaire para destruirla, teniendo como tenía esa misión? ¿Por qué después de los filósofos espiritua- listas viene una corte de materialistas y de ateos?

Los defensores del cristianismo tradicional tienen una respuesta de molde para todas esas preguntas. Es preciso ser ciegos, dicen, para no ver en la progresión de las doctrinas antireligiosas la ley fatal que impera en toda filosofía fuera del cristianismo. Podía Descartes ilusionar á los hombres de fe creyendo que atraía á la religión á aquellos que tenían demasiada confianza en su razón y estaban inclinados á la duda respecto á los dogmas que no se avenían con su vana ciencia. Pero en realidad, Descartes era un auxiliar pérfido; ved si no á su discípulo Malebranche: es un hombre religioso, miembro del oratorio, y sus doctrinas, sin embargo, arrancan un grito de alarma á Bossuet: la fe se pierde y la razón ocupa su lugar. ¿Y qué diremos de Espinosa? Decir que es discípulo de Descartes, ¿no es confesar que la pretendida filosofía cristiana del maestro es el enemigo oculto y tanto más peligroso del cristianismo? En vano pretende Leibnitz conciliar la razón y la fe; su discípulo Wolf, menos hábil diplomático, nos muestra adónde puede conducir esa transacción: al raciocinar la fe, se la destruye. Preguntáis por qué los deístas han venido después de los filósofos cristianos. Pues muy sencillo: es que la filosofía conduce necesariamente al deísmo, el cual no tiene de cristiano más que el nombre. ¿Queréis la prueba de ello? Pues se encuentra en esta otra pregunta: ¿Por qué han venido los libres pensadores tras de los deístas? Los filósofos del siglo XVIII proceden del deísmo, sólo que, más osados que sus maestros, arrojan la máscara de la hipocresía de que los Ingleses gustan cubrirse, y dicen muy alto lo que los otros se contentaban de pensar por lo bajo. Voltaire divulga el secreto de la filosofía, y después él mismo es acusado de reaccionario y sobrepujado por la turba holbáquica, que son los ateos y los materialistas que nos dicen la última palabra de la filosofía. Hé ahí la respuesta á vuestras preguntas. Vuestra sucesión de libres pensadores es una evolución lógica: la filosofía, por poco que se aparte de la verdad revelada, conduce al ateísmo. Es la condenación de la filosofía y la glorificación del cristianismo. La Iglesia enseña que fuera de su seno no hay salvación. Los que no quieran escuchar la voz de la Iglesia, que oigan á los filósofos: comenzarán á demostrar nuestro dogma á su manera; pero una vez fuera del seno de la Iglesia, ¿adónde irán á parar? Á la nada del materialismo.

Nosotros tenemos otra respuesta que dar á las anteriores preguntas; nosotros ensalzamos lo que condenan los defensores del pasado, y lo que ellos ensalzan como camino de salvación lo rechazamos nosotros como una superstición que, si no ha sido inventada para encadenar el espíritu humano, al menos ha sido explotada por la Iglesia como instrumento de dominación. Por lo mismo que la filosofía del siglo XVII se llamaba cristiana, habría sido impotente para libertar á la humanidad de las cadenas de una fe ciega y supersticiosa. Esa fe vacilaba, y los hombres amantes de la razón la iban abandonando; y ¿qué vino á decirles Descartes? “Hacéis mal en separaros de la Iglesia; yo os aseguro que la fe y la razón son idénticas.”—“Pero ¿si la razón se encontraba en desacuerdo con la fe?”—“Entonces es necesario que la razón se someta á la fe.” Pero eso ¿no equivalía á decir que la fe es la señora, y que la razón no es más que su criada humilde? Que no se apresuren á protestar los partidarios de Descartes, porque este mismo va á decirnos si interpretamos mal su pensamiento.

Galileo fué contemporáneo del filósofo francés. Los partidarios de la Iglesia dicen que ésta ha protegido siempre las ciencias y que está á la cabeza del movimiento intelectual de la Europa moderna: apología imprudente que se vuelve contra la Iglesia á la que quieren defender. Hay en Roma una congregación llamada de la fe, compuesta de los cardenales más eminentes, como es natural. Un día se les dice que un sabio italiano acaba de probar que la tierra se mueve alrededor del sol. Los *monsignori* se reúnen apresuradamente y deciden que la opinión del movimiento de la tierra es absurda y falsa en filosofía y errónea en la fe. Y el pobre Galileo fué obligado á retractarse de una doctrina matemáticamente probada, porque la Inquisición estaba allí amenazadora y aterrando al débil anciano. Hé ahí cómo la Iglesia es protectora de la ciencia. Pues vamos á Descartes: había éste escrito una obra sobre *El Mundo* en la que sostenía, como el astrónomo italiano, que la tierra circula alrededor del sol. Y ¿qué hizo cuando supo la condena de Galileo? ¿Se apresuró á publicar su libro para dar una lección á aquellos miserables ignorantes que se llaman cardenales y que se mezclan en decidir cuestiones científicas de las cuales no saben una palabra? Descartes suprimió su obra, y él mismo nos dice la razón. Vamos á darle la palabra para

eterna vergüenza de todos los que se llaman filósofos cristianos.

Descartes escribió al Padre Mersena que estaba decidido á publicar su tratado *El Mundo*, cuando supo en Leiden y en Amsterdam que el sistema de Galileo acababa de ser condenado por la Inquisición de Roma: "Lo cual, añade, me ha asombrado tanto, que ya casi estoy resuelto á quemar mis cuartillas, ó al menos á que no las vea nadie." ¡Qué valor! ¡qué heroísmo! Descartes vivía en Holanda, donde no había Inquisición que temer; su fortuna y su categoría de gentilhombre le daban independencia material, y, sin embargo, ¡quiere quemar lo que había escrito, únicamente por temor á una censura de los *monsignori* romanos! ¿La condena de Galileo le había parecido fundada? ¿Estaba acaso convencido de haberse engañado? Lejos de eso dice en su carta á Mersena que creía su doctrina apoyada en demostraciones *ciertísimas y muy evidentes*. ¡Y renuncia á publicar verdades tan evidentes porque se le haya antojado á estúpidos inquisidores el censurarlas! ¿Se trataba acaso de una verdad más ó menos indiferente? Descartes escribe á Mersena: "Declaro que si esta idea del movimiento de la tierra es falsa, lo son también todos los fundamentos de mi filosofía, porque se demuestra evidentemente por ellos." Y continúa: "Todas las cosas que explico en mi tratado (entre las cuales se halla también esa opinión del movimiento de la tierra que ha sido condenada por herética en el libro de Galileo) dependen unas de otras de tal modo, que para mí es bastante saber que una de ellas es falsa, para convencerme de que todas las razones de que me sirvo no tienen fuerza alguna." Hé ahí á Descartes renunciando á todos los principios de su filosofía y dispuesto á declararlos falsos, sin embargo de creerlos apoyados en demostraciones *ciertísimas y muy evidentes*. Y todo ello, ¿por qué? "Porque no querría por nada del mundo que saliese de su pluma un escrito ó de su labio un discurso en que *pudiera encontrarse la menor palabra que fuera desaprobada por la Iglesia*." Nada importa que las opiniones condenadas sean *ciertas y evidentes*; por nada en el mundo querría sostenerlas contra la autoridad de la Iglesia. Descartes está bien convencido de que dos y dos son cuatro; pero si la Iglesia le dice que eso es una herejía, se callará. ¡Hé ahí un hijo obediente á su santa madre! Pero ¡ah! que eso mismo no es cierto. Descartes deja

traslucir su verdadero pensamiento en su carta á Mersena, y aquél no es otro que *el deseo de vivir en paz y continuar la vida retirada que se ha propuesto* y que es el móvil de su conducta (1).

¡Cuántas enseñanzas en esa prudencia de Descartes! Y la llamamos prudencia, porque nos repugna emplear la palabra propia. ¿Qué viene á ser la filosofía que abdica ante la autoridad de algunos inquisidores? No digamos libertad de pensamiento, pero ni ciencia puede existir si han de ser condenadas como erróneas por la Inquisición *demonstraciones matemáticas ciertísimas y evidentes*, y si los filósofos han de abdicar su razón ante esa censura. Y ¿qué diremos de la Iglesia y de su infalibilidad en ese memorable debate? La ciencia demuestra que la Sagrada Escritura se engaña, y la Iglesia se aferra á la Escritura. Galileo se retracta; pero la tierra se mueve sin embargo; los que están en el error son la Iglesia y la Escritura. Si la Iglesia se engaña, ¿qué viene á ser su infalibilidad? Y si ésta desaparece, ¿qué viene á ser de la fe, única vía de salvación? Y si esta salvación es una quimera, ¿no tiene el deber la filosofía de oponer la verdad al error? Que no se atrincheren tras el deseo de vivir en reposo. Una vida ignorada es buena para los monjes; ellos son los que han inventado la máxima tan grata para Descartes: "El sabio debe ocultar su vida." (2). La filosofía, lo mismo que la religión, tiene á su cargo las almas, y no tiene el derecho de huir á los desiertos ni de encerrarse en una celda; la ley de salvación para los filósofos es trabajar en el perfeccionamiento de la humanidad.

La filosofía cristiana ha debutado mal. La decantada identidad de la fe y la razón, preconizada por Descartes, llegó á la abdicación de la razón; es un suicidio. Si el filósofo francés no tuvo el valor de sostener su principio de la evidencia contra las censuras de algunos inquisidores, el más ilustre de sus discípulos (dejamos á un lado á Espinosa), Leibnitz, ha sido objeto de una acusación parecida: era un filósofo diplomático, y por desgracia la política es frecuentemente la ciencia de la mentira. No se acusa al filósofo precisamente de haber mentado; se dice que le gustaba estar á bien con los poderosos, y ente ellos se contaba la

(1) Véanse las *Epistolas* en BAILLET, *Vida de Descartes*, t. I, páginas 245-247.

(2) *Bene qui latuit, bene vivit*.

Iglesia. Leibnitz era, además, amigo de los reyes, y lo fué con exceso, porque sus mismos compatriotas dicen hoy que anduvo toda su vida á caza de pensiones (1). Flaquezas humanas, en buen hora; pero la intimidad con los soberanos conduce, además, á grandes decaimientos. El trono y el altar estaban estrechamente unidos cuando Leibnitz entró al servicio de un príncipe alemán; se creía que la religión era el más firme apoyo del Estado, y de ahí el respeto hipócrita que le tributaban á porfía todos los gobiernos: los ministros tenían que hacer lo mismo que sus señores. Añadid á esta forzosa servidumbre la servidumbre voluntaria del Alemán, que profesa á toda autoridad un profundo respeto, y comprenderéis la deferencia que Leibnitz mostró siempre á la Iglesia y á la teología. Y eso que tampoco tenía que temer á la Inquisición, puesto que vivía en la patria de Lutero y era protestante. Pero ni eso le impidió el defender su reputación de ortodoxo con susceptibilidad meticulosa. Uno de sus amigos había hecho un artículo crítico de la Teodicea, y decía en él, aparte de muchos elogios, que no se entendiera que aprobara las opiniones que pudieran no ser conformes á la creencia común de la Iglesia. ¿Qué habéis hecho? le escribió alarmado Leibnitz. ¡Se va á creer que soy culpable de cualquier herejía! Y si uno de mis amigos abriga semejantes temores, ¿qué dirán los que no son mis amigos? ¡Dirán que hay en mi libro errores peligrosos! Debisteis limitaros á decir que no aprobabais todas mis doctrinas, pero sin hablar del dogma. Y si es que habíais encontrado alguna opinión heterodoxa, debisteis disimularla, y yo hubiera modificado mi modo de expresarme, porque nada he dicho que se aparte de nuestros libros simbólicos. Bien puedo no estar de acuerdo con nuestros teólogos, pero no quiero separarme de nuestra confesión" (2). No parece sino que los *libros simbólicos* son la palabra de Dios al ver las angustias del pobre Leibnitz.

Y ¡cosa singular! Leibnitz no se alarmaba tanto por lo que se pensaría de su conducta religiosa, porque él probaba muy doctamente, según su filosofía, que era posible concebir que el cuerpo de Jesucristo estuviese á la vez en mil puntos distin-

(1) SCHMIDT, *Geschichte des getötigen Lebens in Frankreich*, tomo I, p. 390.—HERDER le hizo ya esa misma acusación *Adrastea*, t. XXIV de sus *Obras*, edic. fr. in 18, p. 14.

(2) LEIBNITZ, *Epist.*, ed. Kortholt, t. III, p. 85.

tos, pero se privaba de la dicha inefable de comer á su Dios; defendía las penas eternas contra las objeciones de los racionalistas, y no temía exponerse al infierno dejando de asistir al templo y á la Eucaristía; en una palabra, vivía como viven los incrédulos. ¿Á qué conducía, pues, su filosofía ortodoxa y qué objeto tenía? De seguro no servía á los filósofos; ¿serviría á la masa de los fieles? Éstos se contentaban con la Biblia y el catecismo de Lutero. En definitiva, ¿á qué hubiese conducido la filosofía de Leibnitz? Á dar la autoridad de su nombre á creencias supersticiosas, sin perjuicio de que los filósofos dejaran de observar los preceptos de una religión que, según ellos, estaba de acuerdo con la razón. ¿Á quién, pues, contentaba con su talento diplomático? Á nadie. Los creyentes no tenían necesidad del filósofo; y en cuanto á los libres pensadores, no basta para los que experimentan la necesidad de creer hallar una religión teórica que bien ó mal se concilie con la razón; necesitan una religión que puedan practicar, si es que prescribe prácticas. De consiguiente, el compromiso de Leibnitz se parece á esos tratados de paz que los reyes firman algunas veces cuando las naciones están cansadas de la guerra, pero que se apresuran á romper así que han variado las circunstancias. La filosofía no puede aceptar la religión de Leibnitz, porque es una religión revelada, y la revelación milagrosa es incompatible con la razón. Se necesita que una revelación natural y permanente de Dios en la humanidad reemplace á la revelación sobrenatural, y entonces la conciliación que Leibnitz trató inútilmente de realizar por vía de transacción se realizará por sí misma, porque la fe no exigirá ningún sacrificio á la razón, ni la razón á la fe.

## II

La filosofía cristiana no fué aceptada por los *libres pensadores*, porque contemporizaba demasiado con las creencias supersticiosas del cristianismo tradicional. Los *deístas ingleses* se vanagloriaban con ese nombre cuanto más se les quería injuriar con él. ¿Acaso no es libre el pensamiento por su esencia? Y ¿á quién debemos ese inestimable don? ¿No es al autor de todo lo creado? De consiguiente, el libre pensamiento es un don divino, y no reconoce limite alguno, porque Dios no se lo ha im-

puesto. ¿Retrocederá como Descartes ante algunos frailes residentes en Roma, por más que se llamen guardianes de la fe? ¿Quién ha dado á los inquisidores el cargo de carceleros de la razón? ¿Dios? ¿Qué sacrilegio! Dios creó el pensamiento libre, y lo había de encadenar por mano de los hombres! ¿Se detendrá la razón ante una confesión de fe consignada en libros simbólicos? Esas fórmulas las han escrito hombres, y los hombres no pueden cambiar las leyes de Dios: ¿pueden ellos hacer esclava la razón que Dios hizo libre? Verdad es que los inquisidores de Roma, como los teólogos de Augsburgo, invocan una autoridad más que humana, la palabra de Dios; de consiguiente, el libre pensamiento se encuentra enfrente de una revelación sobrenatural de la verdad. ¿Abdicará su libertad ante esa pretendida revelación?

Los filósofos cristianos lo habían hecho así; pero más audaces, los *deístas* rehusaron sacrificar su libertad ante los altares de una Iglesia cualquiera, y en esto se mostraron más lógicos que Descartes y Leibnitz. Oponían éstos al libre pensamiento una revelación divina; pero ¿dónde están sus títulos? Para creer en una revelación se necesitan razones, hacen falta algunas pruebas. En cuanto á las autoridades, la razón tiene derecho de discutir las, y eso es lo que hicieron los libres pensadores de Inglaterra, resultando que los milagros se desvanecen como las tinieblas ante la luz del sol examinados de cerca por la razón. Y si no hay milagros, ¿qué vienen á ser los misterios del cristianismo histórico? Todos son sobrenaturales por su esencia, principiando por el de la Encarnación del Hijo de Dios, el mayor y el más imposible de los milagros. Ese es el fundamento de la revelación, y con él cae todo el edificio de la ortodoxia, llámase protestante ó católica. ¿Qué queda del cristianismo si se le despoja de su envuelta milagrosa? Queda una religión que puede aceptar la razón, es el deísmo, al cual se podría llamar religión racional.

Los filósofos del siglo XVII sostenían que su filosofía era idéntica á la religión en el sentido de que la razón y la fe eran idénticas. Lo que no era más que una pretensión de parte de los filósofos llega á ser una verdad para los *deístas*; es decir, que la fe se transforma. A los ojos de Descartes y de Leibnitz, la fe se confunde con la revelación cristiana; y como es esencialmente milagrosa, resulta que la religión consiste en misterios superio-

res y contrarios á la razón. Hé ahí por qué fracasaron en su empresa de conciliación, y esa es la razón providencial del advenimiento del deísmo. Rechazando los *deístas* los milagros y los misterios, la fe deja de ser sobrenatural para hacerse natural; y desde entonces no hay inconveniente en identificar la fe y la razón, dado que ambas tienen el mismo principio, la naturaleza del hombre. Ya en el siglo XVI, el patriarca de los libres pensadores, Herbert, decía "que los cinco artículos de su religión natural concordaban perfectamente con el cristianismo," (1). Toland, que pasa por ser uno de los jefes más decididos del deísmo, declara que su religión es la de Jesucristo y de los apóstoles; y en la obra misma en que demuestra que los misterios son una ilusión de la fe, se declara discípulo del Cristo, á quien llama el autor de su creencia (2). Chubb, uno de los *deístas* más consecuentes, dice que no hay religión más pura ni más perfecta que el cristianismo, y que no hay guía más segura para conducir á los hombres por el camino de la perfección (3). Tindal, escritor de mala nota, á quien se acusa de incredulidad, llama al cristianismo una religión santísima (4).

¿Cómo podían los *deístas* llamarse cristianos cuando el deísmo pasa por sinónimo de incredulidad? ¿Habrán que acusarlos de hipocresía? No se ha dejado de hacerles ese cargo, que ellos han rechazado siempre con vehemencia. Si Toland se afana en probar que no hay misterio alguno en el cristianismo (5), que no hay nada en las enseñanzas de Jesucristo que sea contrario ni superior á la razón, no es que pretenda por ello atacar en su esencia la religión; lo que combate es la superstición, y al matarla espera matar con el mismo golpe la impiedad; porque lo que da una apariencia de legitimidad á los impíos son precisamente las creencias supersticiosas que rechaza la razón. Woolston, el autor de las *Cartas sobre los milagros*, es quizá el que más odios ha encendido contra sí entre todos los *deístas*, porque no sólo se le acusó de la incredulidad, sino que se le encerró en una prisión. En efecto, atacar los milagros era arruinar

(1) HERBERT, *Religio laici*, p. 9 y 10. Pueden verse sus cinco artículos en la parte novena de mis *Estudios*.

(2) *Life of Toland*, p. 83.—TOLAND, *Christianity not mysterious*, p. 28.

(3) *Chubb's posthumous works*, t. II, p. 370.

(4) TINDAL, *Christianity as old as the creation*, p. 382.

(5) TOLAND, *Christianity not mysterious* (1696).

el cristianismo tradicional entronizado en la Iglesia anglicana, era matarle, no sólo en el terreno del dogma, sino en el de las creencias populares, que es lo que más duele á las gentes de Iglesia. Woolston se defendió declarando que no atacaba á los milagros sino porque son una base deleznable para apoyar en ellos la misión de Jesucristo, y declaró que estaba tan lejos de favorecer la incredulidad "cuanto que nunca había tenido abrigo en su alma," (1).

Vanas protestas, decían los ortodoxos, puesto que están en oposición con las doctrinas profesadas por los *deístas*. ¿Queda todavía cristianismo cuando ya no hay revelación? Y ¿puede haber revelación cuando no hay milagros ni misterios, y cuando se identifica la religión cristiana con la razón natural? No, seguramente que ya no hay cristianismo sobrenatural. Pero ¿no hay en el cristianismo nada más que milagros y misterios? No era esa la opinión de los *deístas*, como tampoco es la de los protestantes avanzados de nuestros días. Todos ellos distinguen en el cristianismo el elemento moral, ó llámese el principio racional, y el elemento supersticioso, que ellos atribuyen á la ignorancia, al error, al cálculo ó á circunstancias históricas en medio de las que nació y se desarrolló la doctrina cristiana. Por eso mantienen la esencia del cristianismo y rechazan la mezcla impura que le altera. Y en ese sentido tienen el derecho de llamarse cristianos: no es ya el cristianismo tradicional, es un cristianismo transformado que la razón puede aceptar.

Y aquí tocamos ya en el vínculo que existe entre el deísmo inglés y la filosofía francesa del siglo XVIII. Si el deísmo satisface la razón, ¿por qué no se han contentado con él los libres pensadores? ¿Por qué han pasado de la fe á la incredulidad? Porque los *deístas* eran protestantes, mientras que los filósofos franceses fueron discípulos de los jesuitas. El protestantismo tiene una inmensa ventaja sobre la religión católica; no reconoce Iglesia infalible depositaria de la fe revelada; no admite regla invariable de creencia fuera de la cual no pueda haber salvación, y deja mucho á la razón individual, puesto que en definitiva es ella la que interpreta las Escrituras. Y como la razón humana es progresiva por esencia, siendo ella

la que interpreta la revelación, viene ésta también á ser progresiva. De este modo se verificará naturalmente la transformación del cristianismo por medio de una revolución incesante, pero pacífica, y los más avanzados pueden aún llamarse cristianos, porque mantienen la esencia del cristianismo. Tales fueron los *deístas ingleses*. Pero si el deísmo puede bastar á las naciones protestantes, no sucede lo mismo en los países católicos. ¿Cuáles fueron las primeras lecciones de religión que recibieron los filósofos franceses? Que no hay más que una Iglesia ortodoxa, la de Roma, fuera de la cual no hay salvación; que ella sola posee la verdad y fuera de ella no hay más que error; que no hay ni puede haber más que una sola religión; que tampoco hay más que una sola moral, la moral católica, porque desprendida de los lazos de la fe, la moral ya no tiene base. En estas creencias fueron educados los Voltaire y los Diderot; y cuando su razón se despertó, se convencieron de que todo ese andamiaje de ortodoxia no era más que una vana quimera, y entonces desertaron de la Iglesia, como diariamente desertan aquellos que abandonan las envueltas de la infancia intelectual! Y ¿qué han de pensar entonces del cristianismo? ¿Pueden detenerse á separar en la religión cristiana las verdades esenciales de los accidentes debidos á las circunstancias? Se les ha enseñado á confundir lo que es transitorio con la esencia de la fe, y ¿qué digo? son las supersticiones las que constituyen todo el catolicismo práctico. Rechazarlas es rechazar la religión, es no tener ya religión, es ser incrédulo. Hé ahí cómo se verificó el que los filósofos vinieran á ser incrédulos: no les bastaba el deísmo, y sólo porque se llamaba cristiano le rechazaron: todo lo que se llamaba cristiano les parecía sospechoso. Lo que diariamente está sucediendo ante nuestra vista nos explica la incredulidad del último siglo: cuando veáis un impío del todo incurable, observad y veréis que sale de las escuelas de los jesuitas.

### III

Los grandes escritores del siglo XVIII se llaman filósofos, y merecen ese bello nombre, porque son libres pensadores: no son ya filósofos á la manera del siglo XVIII; ya no pretenden conciliar la fe y la razón; al contrario, abandonan la fe por-

(1) WOOLSTON, *Cartas sobre los milagros*, t. I, p. 8 y 15.

que su razón no puede aceptarla. Es un progreso en punto á franqueza. Puesto que la fe es incompatible con la razón, puesto que no quiere dejar al pensamiento la libertad que Dios le ha dado, es necesario hacerle la guerra, y una guerra á muerte, porque no hay conciliación posible entre la razón y un dogma que la niega y que persigue al libre pensamiento. Veremos quién es el que triunfa, dice Voltaire. Los filósofos van, pues, más lejos que los deístas: no son discípulos de Jesucristo, no dicen que el cristianismo es una santa religión, ó si lo dicen, si afectan alguna vez profundo respeto á la religión oficial, la mentira es tan evidente, que apenas se les puede acusar de haber mentido, porque no quieren que se crea que hablan seriamente. Si hay en sus palabras una apariencia de hipocresía, cúlpose de ella á los opresores del libre pensamiento: hay que acusar á la tiranía y no á sus víctimas.

El *Discurso preliminar de la Enciclopedia* es una obra maestra de esa hipocresía de circunstancias. ¿Qué era la *Enciclopedia*? Una máquina de guerra montada para batir al catolicismo. Y ¿de qué modo hacer pasar esa máquina por las horcas caudinas de la censura? Era preciso construir un caballo de Troya forrado de astucias y de engaños. Oigamos á d'Alembert; creeriase estar oyendo á Descartes ó á Leibnitz; y más bien que un deísta, el que habla parece un filósofo cristiano: "No hay más que un pequeño número de conocimientos con los cuales podamos contar; pero no bastan para satisfacer todas nuestras necesidades. La naturaleza misma del hombre es un misterio impenetrable para el hombre cuando no está iluminado más que por su razón, y los más grandes genios, á fuerza de reflexiones sobre tan importante materia, no llegan, por lo general, más que á saber un poco menos que el resto de los hombres. Otro tanto se puede decir de nuestra existencia presente y futura, de la esencia del Ser á quien se la debemos y de la clase de culto que exige de nosotros. Nada nos es más necesario que una religión revelada que nos instruya sobre tan diversos objetos. Destinada á servir de suplemento á la razón natural, nos muestra una parte de lo que estaba oculto, pero se limita á lo que nos es absolutamente necesario. La religión revelada se reduce, pues, á creer unas cuantas verdades y á practicar un pequeño número de preceptos; sin embargo, á favor de las luces que ella ha comunica-

do al mundo, el pueblo mismo está más firme y más decidido que lo estuvieron nunca las sectas de los filósofos en lo concerniente á un gran número de cuestiones interesantes." Más adelante d'Alembert opone la teología natural á la teología revelada: la primera no tiene acerca del conocimiento de Dios más que lo que produce la sola razón, y esto no es de una gran extensión, mientras que la teología revelada saca de la historia sagrada un conocimiento mucho más perfecto de aquel Ser, (1).

Si, los censores aceptaron esas excusas, sin duda porque eran cómplices de los filósofos: verdaderos inquisidores, no se habrían dejado engañar y hubiesen dicho á d'Alembert: "Habláis como un Padre de la Iglesia; pero si pensáis verdaderamente lo que decís, no sabemos por qué os tomáis el trabajo de escribir tantos *in folios*. Decís muy bien que los filósofos saben un poco menos que el resto de los hombres acerca de Dios, de la vida futura y acerca del hombre mismo. Pero entonces, ¿por qué os empeñáis en seguir filosofando en compañía de vuestro amigo Diderot? ¿Porqué no os contentáis con la palabra de Dios, ó, mejor dicho, con vuestro catecismo, puesto que, gracias á ese catecismo, según decís, el pueblo entre nosotros tiene creencias más firmes que tenía Platón entre los Griegos? Os estáis rompiendo la cabeza en aprender matemáticas; y ¿para qué? ¿No tenéis la verdad revelada que suple á toda clase de ciencia? Dejad esas vanas especulaciones; y si queréis á todo trance publicar *in folios*, haced traducciones de los Santos Padres; ganaréis el cielo con más facilidad, y vuestros lectores le ganarán también más seguramente que no leyendo vuestra teología natural."

Ese sermón no hubiera sido muy del gusto de nuestros filósofos. ¿Cómo, siendo libres pensadores y de los más resueltos, cómo conciliaban el libre pensar con su profesión de fe cristiana? Nada más curioso que esa estratagema. ¿Qué mal podía hacer, decían, la filosofía á la religión? Suponed que sea todo lo hostil y lo ciega que queráis suponerla contra el cristianismo. ¿No veis que la religión cristiana no tiene nada que temer de tan débiles ataques? "Enviada á los hombres desde el cielo, la veneración tan antigua y tan justa que la tienen los hombres, ¿no está sobrado garantida por las promesas del mismo Dios? Las puertas del infierno

(1) *Encyclopédie*, t. 1, p. 18 y 19.

no prevalecerán contra ella. Además, por absurda que una religión pueda ser (acusación que sólo puede hacer á la nuestra la impiedad), jamás son los filósofos los que la destruyen; aun cuando enseñen la verdad, se limitan á mostrarla, pero á nadie obligan á reconocerla." Después de que la religión puede sacar las mayores ventajas de la filosofía, para lo cual debe dejarse á ésta la necesaria libertad. "Si el cristianismo presta á la filosofía las luces que la faltan, el someter á los incrédulos es sólo obra de la gracia (1); pero el reducirlos al silencio corresponde á la filosofía." Este último rasgo es delicioso. Ved ahí á los incrédulos alistados al servicio de la Iglesia para hacer callar á los incrédulos. Compadezcamos á los filósofos por verse obligados á emplear esa hipocresía, pero guardémosnos de imitarles. Ellos sufrieron la ley del más fuerte: no se les permitía abrir la boca como sus palabras no estuviesen encadenadas. Nosotros somos libres; y si tenemos siempre por enemiga á la Iglesia, nuestro deber es afrentarla; la contemplación sería una cobardía indisculpable.

Volvamos á la filosofía del siglo XVIII. Los ortodoxos modernos distan mucho de guardar consideraciones con los libres pensadores, ni siquiera las debilidades que se tuvieron en el siglo anterior con la levantisca secta de los enciclopedistas; aquella grandísima indulgencia se ha trocado en odio ciego, y hoy persiguen á todos los filósofos con las acusaciones de ateísmo y materialismo. No sabemos si eso es ignorancia ó injusticia y hasta ingratitud. Para apreciar á Voltaire es preciso colocarse en medio del movimiento antirreligioso del último siglo: los ánimos estaban tan exaltados, que las mujeres mismas reprochaban al que hoy se representa como encarnación del diablo que era un mojigato, porque reconocía y defendía abiertamente la existencia de un Ser Supremo. El buen sentido dominaba en Voltaire á la pasión, y le salvó de caer en los últimos extravíos, aun en medio de la lucha más encarnizada. El 8 de Febrero de 1768 escribía á Damilaville: "Yo moriré igualmente opuesto á la impiedad que al fanatismo" (2). Lejos de ser un ateo ó un materialista, toda su vida combatió contra los excesos de los incrédulos que negaban la existencia de Dios y querían rebajar el hombre á la condición del bruto.

(1) *Encyclopédie*, t. 1, p. 82.

(2) VOLTAIRE, *Œuvres*, t. LIV, p. 400 (ed. Renouard).

Rousseau, que comparte con Voltaire el odio de los ortodoxos, apenas puede ser comprendido en el número de los filósofos; tenía sangre protestante en sus venas, y, en realidad procede de la Reforma más que de la filosofía. De ahí sus vacilaciones y sus contradicciones. En el *Emilio* escribe "que hay misterios que el hombre, no tan sólo no puede concebir, sino que no puede creer, (1). En su *Carta al arzobispo de París* dice "que no son menores las dificultades en rechazar la revelación que en admitirla". Se enoja porque se le acuse de rechazar toda revelación, "como si fuese rechazar una doctrina señalar las dificultades insolubles para la inteligencia humana de que adolece; como si fuese rechazarla el no admitirla bajo la palabra de los hombres, cuando hay otras pruebas equivalentes ó superiores que hacen suspender el juicio". Esas semiandacias no satisfacen al libre pensar; es necesario elegir: si se quiere ser cristiano, se debe aceptar la revelación completamente, sin añadir que hay misterios que no se pueden creer; si se quiere ser filósofo, hay que rechazar toda revelación sin vacilar y no admitir ningún misterio, porque la razón no puede creer en ninguno. Sería, pues, conveniente que hubiese incrédulos que pudiesen término á esas contemplaciones para con una religión que es incompatible con el libre pensar.

Rousseau escribía bajo la inspiración del sentimiento mucho más que bajo la de la razón. Lo que dice acerca del Evangelio es poesía: "Ved los libros de los filósofos con toda su pompa... ¡Cuán pequeños son al lado de ese otro! ¿Es posible que un libro á la vez tan sublime y tan sencillo sea la obra de unos pobres hombres?" Á eso responde la razón, apoyada en la historia, que no solamente es posible, sino que es efectivo. Y si lo dudáis, si creéis realmente que los Evangelios están escritos bajo la inspiración del Espíritu Santo, ¿por qué filosofáis? ¿por qué escribís vuestra *Profesión de fe del Vicario saboyano*? Arrojad vuestra pluma elocuente y prosternaos ante el Hombre-Dios. Siendo los Evangelios un libro tan divino, dicho se está que la moral es divina. Rousseau repite la banalidad que se encuentra en los escritos de todos aquellos que hacen la corte al cristianismo: Sólo el Evangelio es, en cuanto á la moral, siempre seguro, siempre verdadero, siempre único y siempre seme-

(1) ROUSSEAU, *Émile*, lib. IV.